

# NEW LEFT REVIEW 125

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2020

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS Política y pandemias 7

## ARTÍCULOS

JOHN GRAHL La dolarización de la eurozona 23

PERRY ANDERSON ¿Ukania perpetua? 41

SOPHIE PINKHAM Nihilismo para oligarcas 117

MARCUS VERHAGEN Velocidades de contemplación 139

## CRÍTICA

AARON BENANAV Asimetrías mundiales 149

LAURA KIPNIS Eros y Psique 164

JOHN-BAPTISTE ODUOR Un disidente pragmático 172

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

SUSAN WATKINS

## *Editorial*

# POLÍTICA Y PANDEMIAS

● CUÁLES PUEDEN SER las secuelas políticas de la crisis del coronavirus y cómo podemos pensarlas? En el número de verano de *Foreign Affairs*, Francis Fukuyama, tras esbozar un futuro marcado por una larga crisis, ofrecía un panorama alternativo: la pandemia había dejado al descubierto la demagogia e incompetencia de los populistas y mostrado los beneficios del profesionalismo y la experiencia. Bolsonaro avanzaba a trompicones, mientras que Trump había fracasado en su liderazgo. Por el contrario, Merkel había actuado impresionantemente bien. La COVID-19 puede «sajar el flemón del populismo», decía Fukuyama a la BBC, porque «existe una correlación entre ser populista y actuar mal». El argumento lo recogía Gideon Rachman en el *Financial Times* bajo el titular «Coronavirus could kill off populism». Rachman consideraba que Trump y Bolsonaro habían demostrado su incapacidad para enfrentarse a la realidad, mientras que para Merkel la crisis había resultado «excelente». En resumen, «los liberales tienen buenas razones para abrigar esperanzas». Ishaan Tharoor se unían al coro desde *The Washington Post* se unía al coro: «Merkel, la consumada antipopulista», se había erigido en una heroína política, mientras que Trump y Bolsonaro habían dirigido las naciones del hemisferio occidental más golpeadas por el virus. Bajo sus gobiernos, «los casos confirmados se despararon, mientras que la aprobación pública se desplomaba».

Los expertos perspicaces minimizan sus riesgos de diagnóstico y ellos no constituyen una excepción. Pero desde una perspectiva global, ¿se mantienen en pie sus afirmaciones? Empíricamente, no exactamente. Las cifras de la COVID-19 son por lo general poco fiables y difícilmente

comparables. Los datos brutos solamente muestran cuáles son los países más golpeados por el virus. La medida que resulta más significativa es la de las muertes per cápita y de acuerdo con la misma Estados Unidos y Brasil no son de ninguna manera los países más afectados. Perú, gobernado por el centro-derecha, tiene una tasa de mortalidad más elevada que ambos: 1.028 fallecimientos por millón. Los siguientes países son Bélgica, con un gobierno liberal (884), y Bolivia, gobernada por la derechista Jeanine Áñez del llamado Movimiento Demócrata Social (721). Estos tres países tienen unas tasas de mortalidad per cápita mayores que las del Brasil de Bolsonaro (707), mientras que Chile (698) bajo el mando del plutócrata Piñera, España con el PSOE (696) y Ecuador con el gobierno de centro izquierda de Lenín Moreno (687), han tenido peores resultados que Estados Unidos con Trump (645) y Gran Bretaña con los *tories* (638)<sup>1</sup>.

También conceptualmente, el paso desde la posición ideológica a la competencia epidemiológica para llegar a un (esperado) resultado electoral —«ser populista y actuar mal»— elude las complejas causas del diferente impacto de la COVID-19. El virus se está manifestando en escenarios sociales vertiginosamente desiguales establecidos en el seno de un sistema interestatal jerárquico sujeto a enormes variaciones nacionales en cuanto a recursos médicos, sociales y administrativos y dotados de sistemas de salud pública atravesados por privilegios acumulados a lo largo de generaciones. Fukuyama, dada su formación en la tradición historicista de Hegel, se muestra por lo menos parcialmente de acuerdo con este hecho. Cuando se trata de enmarcar las cuestiones sobre la política y la pandemia, el ala radical de esa tradición, que va desde Hegel, Marx y Gramsci a los investigadores de la escuela de los *Annales* y más allá<sup>2</sup>, ofrece algunas herramientas conceptuales finamente calibradas con las que empezar la tarea. Adaptar libremente sus ideas sobre el acontecimiento, la coyuntura y la *longue durée* nos puede permitir considerar las interacciones entre el «acontecimiento» exógeno de la pandemia, las coyunturas políticas nacionales e interestatales sobre las que este gira y las dinámicas competitivas subyacentes de la economía capitalista mundial. El carácter de la coyuntura y de las fuerzas en liza ayudará a

---

<sup>1</sup> Los datos proceden de la Johns Hopkins University. Las cifras sobre el *exceso* de muertes per cápita, un indicador más fiable ya que no se apoya en los sistemas de pruebas sobre la COVID, no están disponibles en la mayoría de los países más afectados.

<sup>2</sup> Mike Davis, «Tomándole la temperatura a la historia. Las aventuras de Le Roy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo», *NLR* 110, mayo-junio de 2018.

determinar la recepción y el impacto del acontecimiento, mientras que el impacto de este –y las respuestas al mismo– también pueden impedir, aplazar y desviar, o amplificar y acelerar, las tendencias existentes.

La esperanza sería que una lectura semejante pudiera proporcionar una visión más matizada de las secuelas políticas de la COVID-19 que las crudas alternativas de Fukuyama de caos o competencia liberal. Reflexionar históricamente sobre el impacto de la pandemia también significa pensar reflexivamente sobre nuestra propia posición temporal dentro de ella. Los países en primera línea que estaban luchando contra el comienzo del virus a principios de la primavera –China, Italia, Irán– no eran muy conscientes de a qué se estaban enfrentando. A finales del verano de 2020, los parámetros estaban mucho más claros. Pero las secuelas políticas que dejará en 2021 y los años posteriores estarán determinadas por encima de todo por la acechante crisis mundial de la deuda, de la que solamente tenemos una señal general. Por ello, los apuntes que vienen a continuación son estrictamente provisionales, indicadores del presente mientras nos vemos arrastrados por la corriente de la historia.

## I

Empecemos por Perú: ¿por qué le ha ido tan mal? A pesar de ser uno de los países andinos más ricos, ha tenido uno de los niveles más bajos de gasto social. La economía, dominada por las grandes corporaciones extranjeras de la minería que extraen cobre, oro, zinc e hidrocarburos de las montañas y de la selva amazónica, ha estado deprimida desde la desaceleración del sector tras 2014, estrechamente relacionada con la ralentización del crecimiento en China, mientras que la industria pesquera se ha visto diezmada por el cambio climático. Al frente de todo esto se encuentra una elite cleptocrática que cercenó el último intento serio de reforma en la década de 1970. Perú tiene una de las mayores tasas de trabajadores informales de América Latina, alrededor del 80 por 100 de la fuerza de trabajo, muchos sobreviviendo penosamente en las calles de Lima, y una de las mayores tasas de tuberculosis de la región. El actual presidente Martín Vizcarra, exgobernador de un estado minero escasamente poblado, fue reclutado como vicepresidente en 2016 por uno de los políticos de la vieja escuela, Pedro Pablo Kuczynski. Con una formación adquirida en Oxford, Princeton, el Banco Mundial, Wall Street y la empresa privada –un profesional, en términos de Fukuyama– Kuczynski

fue acusado de desviar fondos hacia una compañía petrolera estadounidense y se vio atrapado, junto a la supercorrupta familia Fujimori, en el escándalo Odebrecht, hecho que le obligó a dimitir en 2018 y llevó a Vizcarra al palacio presidencial. Cuando su intento de sacar adelante una ley anticorrupción fue bloqueado por un Congreso dominado por los Fujimori, Vizcarra convocó elecciones legislativas en enero de 2020, que dieron lugar a un nuevo Congreso hostil y profundamente fragmentado.

De este modo, la respuesta de Perú a la COVID-19 se produjo en un contexto de luchas intraelitarias. El instinto de Vizcarra fue seguir los dictados de las instituciones internacionales. Después de regresar de Wuhan a finales de febrero, Bruce Aylward, un alto funcionario canadiense de la OMS, había recomendado al resto del mundo que «aprendieran de China», donde unas estrictas medidas de confinamiento estaban controlando satisfactoriamente la transmisión<sup>3</sup>. El 15 de marzo, Vizcarra impuso el primer confinamiento de América Latina: una cuarentena general obligatoria controlada por las fuerzas de seguridad, que permitía que la gente abandonara sus casas solo por asuntos esenciales; los colegios cerraron, las fronteras también y se impuso el toque de queda en las ciudades. En consonancia con la ortodoxia del FMI, el marco de la seguridad social peruana era esquelético y se produjeron escenas de caos cuando millones de personas en Lima perdieron la posibilidad de trabajar y empezaron a pasar hambre al quedarse sin dinero. Muchos marcharon a sus pueblos de origen en las montañas para encontrarse bloqueados por la policía antidisturbios y verse gaseados y devueltos a las zonas urbanas hiperdegradadas de las que provenían. El defensor del pueblo informó de más de trescientas protestas entre marzo y mayo de 2020 a medida que los casos de COVID se disparaban.

Bajo la presión de estas circunstancias, el gobierno de Vizcarra anunció un programa de transferencia de fondos dirigido a las familias más pobres. Pero la base de datos peruana sobre hogares de bajos ingresos era una de las más reducidas de la región, cubriendo a menos de una quinta parte de la población infantil del país<sup>4</sup>. Cuando el gobierno abrió una página web

---

<sup>3</sup> «WHO Says China Actions Blunted Virus Spread, Leading to Drop», *Bloomberg*, 24 de febrero de 2020.

<sup>4</sup> El programa de transferencia de fondos de Perú alcanzó solamente al 18 por 100 de la población menor de edad (por debajo de 18 años), comparado con el 48 por 100 alcanzado por el sistema levantado por Evo Morales en la vecina Bolivia, que es un país más pobre. Véase el útil estudio comparativo del CEPAL sobre la implantación de políticas de protección social contra la COVID-19 en diez países de

para permitir que los peruanos se registraran y accedieran a las ayudas, la web colapsó bajo el aluvión de dieciséis millones de solicitudes. Hasta mayo no se puso en marcha un programa de ayudas más amplio, aunque las largas colas para recoger el dinero se convirtieron en focos para la propagación del virus. Así, Perú asistió a una doble oleada de casos, primero en mayo y después otra mayor en agosto, mientras las muertes ascendían constantemente durante todo el verano. Entretanto, cuando la incertidumbre global provocaba el incremento del precio del oro y la plata, los conglomerados mineros, que prácticamente había ignorado el confinamiento, impulsaron la producción. Las propias minas se convirtieron en vectores de transmisión de la COVID, lo cual produjo choques armados entre guardias de seguridad y los habitantes de los pueblos necesitados de alimentos y medicinas. A estas alturas, los cementerios estaban desbordándose, los hospitales a punto de colapsar y cientos de trabajadores sanitarios irremplazables habían muerto.

## 2

En esta situación, el legado de los Estados latinoamericanos gobernados por la izquierda, que habían tratado de utilizar el *boom* de las importaciones chinas de materias primas para desarrollar amplios programas contra la pobreza—Bolivia, Brasil, Argentina, Venezuela; hasta cierto punto Ecuador, trajo aparejada una ventaja significativa. La coyuntura política en Brasil era de rabiosa reacción contra esa experiencia, dirigida inicialmente por una figura de su elite tradicional, Michel Temer, de la mano del totalmente politizado fiscal general del Estado Sergio Moro y, después, por el violento representante de la extrema derecha Jair Bolsonaro, vinculado a su vez al gestor de fondos de inversión educado en Chicago Paulo Guedes<sup>5</sup>. Sin embargo, a diferencia de Perú, la respuesta de Brasil a la crisis pudo apoyarse en la maquinaria de protección social de la Bolsa

---

América Latina: Merike Blofield, Cecilia Giamb Bruno y Fernando Filgueira, «Policy Expansion in Compressed Time», ECLAC Social Policy Series, núm. 235, Santiago de Chile, 2020. A finales de agosto, la asistencia social peruana solo llegaba al 60 por 100 de los trabajadores informales, que percibían una ayuda equivalente a solo el 20 por 100 del ingreso que delimita el umbral de pobreza, comparado con el 71 por 100 alcanzado en Brasil.

<sup>5</sup> Una reacción política que combinaba lo moderno con «lo más viejo de lo viejo», como había advertido Roberto Schwarz en «Neoatraso en el Brasil de Bolsonaro», *NLR* 123, julio-agosto de 2020. La pueril pose de Bolsonaro mientras golpeaba la pandemia la describía con devastador detalle Mario Sergio Conti en «Pandemonio en Brasil», *NLR* 122, mayo-junio de 2020.

Familia y demás programas aprobados en el transcurso de una década por los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT) de Lula y Dilma. A finales de marzo, el grupo parlamentario del PT consiguió que se aprobara un programa de ayudas de emergencia contra la COVID-19 por un valor aproximado de 110 dólares mensuales en concepto de ayuda económica para todos los brasileños que ganaran menos de la mitad del salario mínimo.

El desenvolvimiento de la situación inicial fue caótico. Aunque los índices de infección estaban disparándose, oficinas gubernamentales que habían sido cerradas por culpa de la pandemia tuvieron que ser reabiertas. Mientras tanto, los poderosos gobiernos regionales del país habían dejado atrás a Bolsonaro y habían declarado estados de emergencia cerrando los colegios. Los nuevos casos en el país alcanzaron un nuevo pico en julio para comenzar a descender después; las muertes, que se habían estabilizado desde junio, empezaron a bajar<sup>6</sup>. Sin embargo, las consecuencias políticas resultaron favorables para Bolsonaro. Con los programas ampliados de ayuda, los niveles de pobreza empezaron a reducirse durante la pandemia y el apoyo que recibía entre los pobres aumentó el 10 por 100. Aprovechándose de estos resultados, el gobierno está planeando consolidar los programas vigentes del PT en un plan permanente de renta básica para los trabajadores informales de renta baja, Renda Brasil, del que Bolsonaro cosechará el mérito, aunque la amenazante crisis de la deuda y la dura limitación del gasto impuesta por el gobierno de Temer en 2017 todavía pueda hacer descarrilar el proyecto. Hasta ahora, las esperanzas de que la «incompetencia populista» sea un fracaso en Brasil están lejos de realizarse.

### 3

Como en Perú, también en la India la predisposición a seguir el modelo de Fukuyama de la guía de los expertos –consistente en aplicar el último modelo de política global sin partir de la consideración de las necesidades y realidades sociales de la nación– acabó en desastre. La coyuntura política verificó la consolidación de Modi con una segunda victoria

---

<sup>6</sup> Los subsidios proporcionados por la provisión social del PT fueron solamente un factor más de la actuación comparativamente menos penosa del país: el gasto social de Brasil es del 9,5 del PIB, o 900 dólares per cápita, comparado con el 5 por 100, o 675 dólares per cápita, de Perú; Brasil tiene un 50 por 100 más de camas hospitalarias per cápita: 2,2 por 1.000 comparadas con el 1,6 por 1.000 de Perú. Los datos proceden del Banco Mundial.

abrumadora en 2019, a pesar de la caída de las tasas de crecimiento a medida que los inversores internacionales mostraban su decepción por sus logros económicos. Aquí, a diferencia de Brasil, el gobierno de la extrema derecha se hallaba fortalecido por un partido de masas y cuadros sólidamente disciplinado, el RSS [Rashtriya Swayamsevak Sangh: Organización Nacional de Voluntarios], que podía apelar más allá de las estructuras terrateniente/brahmán de las que había dependido históricamente el Partido del Congreso de Nehru<sup>7</sup>. No obstante, el abanico de leyes antimusulmanas aprobadas en diciembre de 2019, cuando el virus ya estaba circulando en la vecina China, provocó amplias protestas por toda la nación y un movimiento de ocupación en las calles de Delhi. Ya fuera un reflejo autoritario, una muestra de su rivalidad con Pekín o un intento de mostrar a los inversores extranjeros que él estaba al mando, Modi impuso el 24 de marzo un confinamiento nacional sobre 1.300 millones de personas avisando con tan solo cuatro horas de antelación<sup>8</sup>.

La hipercentralizada gestión de Modi, reminiscencia del estado de emergencia de Indira Gandhi en 1975-1977, solo sirvió para incubar el virus en las abarrotadas zonas urbanas hiperdegradadas del país y para producir la contracción más profunda entre las grandes economías en 2020, al mismo tiempo que las medidas tomadas fracasaban a la hora de controlar la transmisión del virus. En nombre de la «confianza del inversor», Modi retrasó la ampliación del sistema de protección social en especie –reparto de arroz o trigo a alrededor de 800 millones de portadores de tarjetas de racionamiento– mientras privaba de sus medios de vida a la enorme fuerza de trabajo informal del país<sup>9</sup>. La responsabilidad de la asistencia sanitaria y la provisión social se delegó a los estados regionales carentes de fondos y muchos de los cuales –Assam, Bihar, Uttar Pradesh, Maharashtra, Kerala, Karnataka– se enfrentaban también a las inundaciones durante el verano. Sin embargo, la posición política de Modi permanece inexpugnable gracias al colapso del Partido del Congreso, lo cual le ha permitido mantener una posición ventajosa utilizando la distracción de la crisis para forzar la aprobación de la desregulación de la agricultura y de otras medidas favorables al libre mercado, acompañadas por charadas de piedad convenientemente retransmitidas: arrodillarse, mientras grababan las cámaras, en una seudohumildad bañada en

---

<sup>7</sup> Achin Vanaik, «Las dos hegemonías en India», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018.

<sup>8</sup> N. R. Musahar, «Las medidas de inanición impuestas en la India», *NLR* 122, mayo-junio de 2020.

<sup>9</sup> Jayati Ghosh, «A Critique of the Indian Government's Response to the COVID-19 Pandemic», *Journal of Industrial and Business Economics*, julio de 2020.



azafrán, durante la reconsagración de la antigua mezquita de Ayodhya. La asistencia sanitaria en la India carece notoriamente de la financiación necesaria: solamente el 3 por 100 del PIB, esto es, 70 dólares per cápita; los trabajadores sanitarios que están en primera línea, a menudo de castas bajas y mujeres, no han recibido prácticamente ninguna protección contra el virus. Los fallos estadísticos del país –solamente una minoría de los nacimientos y muertes quedan oficialmente registradas en el mejor de los casos– hacen que las tasas sobre la COVID-19 sean una cuestión de conjeturas; esperemos que se confirmen los informes de que el virus está resultando menos letal allí, como sucede en algunos países africanos. Pero, igual que con Bolsonaro, la «incompetencia» de la extrema derecha ha encontrado crecientes niveles de apoyo.

## 4

El desastre que se ha desplegado al sur del Himalaya ha estado en marcado contraste con la utilización de la alta tecnología en el este de Asia. No obstante, la coyuntura en China también era de desaceleración del crecimiento, aumento de la deuda e incremento del desempleo, endurecimiento del control del PCCh y, tras la abolición en 2018 de los límites sobre la renovación del mandato del jefe del Estado, intensificación de un modelo de mando personalizado. Los funcionarios regionales, nerviosos ante la campaña anticorrupción, se confabularon para amortiguar las informaciones sobre el virus en Wuhan. El sistema chino se benefició de una importante ampliación del seguro sanitario durante la década pasada, que en principio cubre al 95 por 100 de la población, aunque sea con diferentes resultados. Los pacientes de la COVID-19 podían obtener primero el tratamiento y arreglar las cuentas después. El sistema hospitalario estaba respaldado por compañías de teleasistencia a gran escala con las que millones de personas contactaron cuando los médicos daban consejos *on line*. Pero las provisiones de apoyo social eran brutales. El sistema *dibao* de transferencias de recursos monetarios en vigor ofrece una media de 47 yuanes mensuales (7 dólares) y apenas alcanza al 5 por 100 de la población. Alternativamente, el ritmo de los confinamientos, que empezaron en Wuhan el 23 de febrero, aseguró que muchos trabajadores migrantes registrados como población rural por el sistema *hukou* –que ocupaban trabajos urbanos con salarios bajos en la construcción, la manufactura, los servicios de alimentación y el comercio al por menor– habían vuelto a sus casas por las fiestas de año nuevo; una vez en sus

pueblos, fueron registrados como «agricultores», que no contaban para recibir ayudas al desempleo<sup>10</sup>. A diferencia de los puntos de control de la temperatura y los códigos QR telefónicos existentes en las ciudades, los confinamientos en los pueblos implicaban métodos más simples como bloquear la única carretera existente. Se calcula que entre 30 y 50 millones de trabajadores rurales migrantes poseedores de un permiso *hukou* estaban desempleados en marzo, con las cifras cayendo quizá hasta los 20 millones en mayo; atrapados en el campo, muchos pasaron marzo y abril con trabajos ocasionales mal pagados<sup>11</sup>.

Al mismo tiempo, hubo otra China que brevemente dejó oír su voz durante el confinamiento. La muerte del doctor Li Wenliang, el primer médico que hizo sonar la alarma, fue recibida con un despliegue sin precedentes de solidaridad nacional en la web. Como ha contado Ai Xiaoming, una corriente de jóvenes voluntarios se movilizó en ayuda de Wuhan<sup>12</sup>. ¿Ha habido algún otro país que haya producido una respuesta literaria comparable a los diarios multimedia *on line* de Ai y otros similares en el enclave de Wuhan? El movimiento de los internautas pronto cayó víctima del fuego cruzado entre la Casa Blanca y Pekín, que a su vez levantó un ejército de seguidores nacionalistas en los medios sociales. No obstante, en el momento cumbre de la crisis la movilización popular y del Estado parecieron trabajar juntas. La política de «centralizar los recursos para hacer grandes cosas» produjo espectaculares logros en la construcción de hospitales, en la movilización de miles de médicos militares rápidamente formados y en la organización de una poderosa campaña de propaganda mediante grandes murales en la calle complementados por el autocontrol de las propias comunidades<sup>13</sup>. China ha continuado ampliando el sistema de diplomacia económica basada en un modelo «tributario inverso» mediante el cual ha ofrecido al mundo suministros médicos baratos, lo cual probablemente haya fortalecido su

---

<sup>10</sup> Los críticos han sostenido que si Wuhan hubiera sido puesta en cuarentena una semana antes, el 16 de enero en vez del 23, se hubieran prevenido dos tercios de los casos de coronavirus en China: David Cyranoski, «What China's coronavirus response can teach the rest of the world», *Nature*, 17 de marzo de 2020.

<sup>11</sup> Lei Che, Haifeng Du y Kam Wing Chan, «Unequal Pain: A Sketch of the Impact of the COVID-19 Pandemic on Migrants Employment in China», *Eurasian Geography and Economics*, julio de 2020.

<sup>12</sup> Ai Xiaoming, «Diario de Wuhan», *NLR* 122, mayo-junio de 2020.

<sup>13</sup> Un informe de la ONU sobre los efectos de la COVID-19 sobre la salud mental calcula que en China el 35 por 100 de la población puede estar sufriendo niveles significativos de desórdenes psicológicos causados o agravados por el coronavirus; también se dan cifras del 45 por 100 para Estados Unidos y del 60 por 100 para Irán.

posición frente a Estados Unidos. Sin embargo, el golpe a los ingresos de los poseedores de salvoconductos *hukou* rurales amenaza con una pasajera recuperación económica, que puede desvanecerse en un prolongado estancamiento a medida que quienes poseen activos dejen atrás a una precaria masa dependiente de sus salarios: un modelo decididamente occidental.

## 5

El éxito de Alemania hasta la fecha para contener la COVID-19—junto al de Japón, Corea del Sur y Taiwán— es la mejor noticia de la crisis<sup>14</sup>. Resulta todavía más impresionante comparado con los datos de Gran Bretaña, Italia y España. Pero la realidad es que la propia Merkel no ha tomado muchas iniciativas. La política y la provisión han sido responsabilidad de los poderosos *Länder*, con sus parlamentos e importantes administraciones públicas, que negocian sus diferencias en el Bundesrat sin ayuda de la canciller. Una consecuencia de ello ha sido una coordinada flexibilidad en los confinamientos establecidos; las regiones del este, donde la propagación es baja, han permanecido por lo general abiertas, mientras que en Baviera y el oeste se han establecido restricciones rígidas. La descentralización ha permitido a Alemania evitar los vaivenes con fines propagandísticos, que han caracterizado las gestiones de Johnson y Macron. Las tendencias inerciales incorporadas a su sistema de posguerra han ralentizado el inexorable avance de la mercantilización neoliberal: una infraestructura de ingeniería de alta calidad podía desplazarse hacia la producción de suministros médicos y una mano de obra bien formada podía ayudar con el rastreo de los contactos. Por encima de todo, Alemania era la única gran economía que experimentaba un consistente crecimiento en medio de la crisis de la eurozona, mientras que sobre los países deudores se imponían aplastantes regímenes de austeridad. Como ha señalado Wolfgang Streeck, el gasto alemán en sanidad supera el 11 por 100 del PIB, considerablemente superior al de España o Italia, y el presupuesto sanitario ha crecido alrededor del 2 por 100 anual desde el estallido de la crisis financiera, mientras que el de Italia se ha contraído el -0,9 por 100 y el de España el -1,4 por 100

---

<sup>14</sup> El éxito de las medidas locales en Alemania tiene un paralelismo con el modelo de «mosaico» de confinamientos locales, pruebas a gran escala y rastreo de los contactos, adoptado en Japón, Corea del Sur y Taiwán: todos ello aprendido de la experiencia de la devastadora epidemia de SARS en 2003.

durante el periodo 2009-2013 como consecuencia de las condiciones de austeridad impuestas por Berlín<sup>15</sup>.

Durante los confinamientos, los codiciados frenos impuestos por Alemania sobre la deuda pública han estallado en pedazos. Frente a los traumáticos peajes pagados en Italia y España, Merkel ha optado tardíamente por poner el peso de Berlín detrás de instrumentos de endeudamiento mutualizado para financiar el fondo de recuperación del coronavirus de la eurozona. Pero como señala John Grahl en esta misma revista, aunque el cambio no deja de ser significativo, la magnitud del fondo (390 millardos de euros en subvenciones con condiciones durante tres años, además de otros 360 millardos en créditos potenciales) es minúscula comparada con los billones de dólares que fluyen a través de los mercados de crédito de la eurozona<sup>16</sup>. Es comprensible que los comentaristas de la anglosfera piensen que Merkel «ha tenido una buena crisis». A comienzos de año era una canciller terminal que no había conseguido nombrar a un sucesor o sucesora, cuando las olas del escándalo Wirecard llegaban a su puerta. En marcado contraste con la serie de fallos en las pruebas y el rastreo del virus en Gran Bretaña, el sistema alemán ha conseguido hacerle frente. Desde marzo de 2020, el partido de Merkel ha subido ocho puntos en las encuestas, mientras que los Verdes y Alternative für Deutschland han caído. No obstante, nadie le está pidiendo que se quede.

## 6

¿Y Trump? En Estados Unidos la COVID-19 golpeó a un país que entraba en el vigésimo año de malestar económico, con recuperaciones incapaces de crear empleo, crecimiento anémico, desindustrialización y una exorbitante riqueza de activos afianzando y radicalizando las divisiones culturales entre Demócratas y Republicanos. Desde luego, Trump es un síntoma de ello, no la causa, pero también ha sido un enérgico agente

---

<sup>15</sup> Las cifras comparativas sobre gasto sanitario/PIB son las siguientes: España, 8,9 por 100; Italia, 8,8 por 100; Reino Unido, 7,6 por 100. Alemania tiene más del doble de camas hospitalarias per cápita (8,1 por 1.000), el doble de enfermeras (12,9 por 1.000) y muchos más médicos (4,2 por 1.000) que los otros países; Wolfgang Streeck, «Solidaridad europea: demasiado poca o absolutamente demasiada», *El Salto*, abril de 2020, <https://bit.ly/36253YU>; OCDE, *Health at a Glance: Europe 2018*, París, 2018.

<sup>16</sup> John Grahl, «¿La dolarización de la eurozona?», *NLR* 125, noviembre-diciembre de 2020, pp. 29 y 30.

de la polarización, gobernando explícitamente contra las ciudades y estados «fracasados y con elevados niveles de delincuencia» dominados por los Demócratas, como ha dicho en Twitter. Si el peaje que se ha llevado la pandemia en Estados Unidos –213.000 muertes y creciendo– no es el peor del mundo en términos per cápita, sigue siendo mucho más elevado de lo que debería, habida cuenta del tamaño del PIB y del gasto sanitario nominal que alcanza la astronómica cifra del 17 por 100. ¿Hasta qué punto la truculenta despreocupación de Trump ha sido responsable de esto? Las principales acusaciones en su contra son que ha despreciado y politizado temerariamente la utilización de mascarillas, convirtiendo una protección contra el virus en un arma en la guerra cultural; que inaceptablemente ha retrasado la movilización federal para abordar una crisis nacional, permitiendo que el virus aumentara su influencia, y que alentó la reapertura de los estados del «cinturón del sol» en mayo, permitiendo la segunda y mayor explosión de casos poco después. Finalmente, Trump ha convertido a la propia Casa Blanca en un hervidero de COVID-19, albergando un acontecimiento superpropagador en el Jardín Rosa para su candidata al Tribunal Supremo que llevó al presidente, a su esposa y a la mitad de su equipo electoral a dar positivo por COVID-19, aparentemente introducido por los abrazos de su portavoz a la plana mayor del ejército.

No todas estas afirmaciones tienen el mismo peso. La irresponsable politización de la utilización de mascarillas no parece haber disuadido a los estadounidenses de utilizarlas. De acuerdo con un informe, alrededor del 70 por 100 de los estadounidenses usa mascarilla, incluyendo a más del 50 por 100 de los Republicanos, cifras que arrojan índices de utilización mucho más elevados que los registrados en Dinamarca o Suecia, que se quedan en el 10 por 100. En una reciente encuesta, el 72 por 100 de los estadounidenses –incluyendo a cerca de la mitad del electorado republicano– pensaban que Trump ha fracasado en tomarse suficientemente en serio el riesgo de contraer el virus. La aprobación de su gestión de la pandemia se ha estabilizado en el 35 por 100 desde julio<sup>17</sup>. La lentitud e incompetencia de la respuesta federal a la pandemia ha sido patente debido en buena parte a los intentos iniciales de Trump de menospreciar su peligro. Ello se vio agravado por el nepotismo al nombrar a una persona tan completamente inexperta como su yerno, Jared Kushner,

---

<sup>17</sup> Elaine He y Lionel Laurent, «The World Is Masking Up, Some Are Opting Out», *Bloomberg*, 17 de julio de 2020; Adam Kelsey, «Nearly 3 in 4 think Trump did not take appropriate virus precautions», *ABC News*, 4 de octubre de 2020.

para supervisar el aprovisionamiento, almacenamiento y distribución de equipos de protección personal de la Federal Emergency Management Agency (FEMA), aunque ya se constataban otras deficiencias previas de la agencia en la escasez de material que se produjo en marzo y abril, cuando los estados competían entre sí por ventiladores, mascarillas N95, respiradores, guantes y protectores faciales<sup>18</sup>.

Hay menos evidencia de la culpabilidad de Trump en la segunda oleada que golpeó a los estados republicanos y al «cinturón del sol» durante julio y agosto, más elevada en términos de casos aunque más suave en fallecimientos. El estado más poblado, California, con un gobierno demócrata, contribuyó con la mayor proporción de nuevos casos. En conjunto, como ha señalado Ross Douthat, la mayor responsabilidad por los cerca de doscientos cincuenta mil muertos se encuentra con toda probabilidad en los factores sociales que precedieron a Trump y le sobrevivirán<sup>19</sup>. Entre ellos se cuentan un sistema sanitario desesperadamente costoso y que está lejos de tener alcance universal; una mano de obra precaria con salarios bajos, que no puede permitirse no trabajar; unas políticas sociales inadecuadas y racial y clasistamente tendenciosas, además de las pobres condiciones sanitarias subyacentes, como atestigua la epidemia de obesidad del país, que en sí mismas son síntomas de las múltiples tensiones psíquicas y materiales bajo las que viven y mueren muchos estadounidenses. Los países que han afrontado mejor la pandemia –Corea del Sur, Taiwán, Japón, Vietnam, Alemania– se caracterizan no solo por las competentes administraciones públicas que alaba Fukuyama, sino por niveles comparativamente bajos de desigualdad social. Incluso en las condiciones de América Latina, las medidas relativas para disminuir la pobreza han demostrado su valor.

La lejana posibilidad de que Trump opte por un segundo mandato dependía del pujante mercado de valores, de los efectos riqueza propiciados por los recortes impositivos y de una lenta pero continua recuperación económica, factores todos ellos activos a comienzos de 2020. En vez de ello, después de sufrir la contracción más profunda de su historia, la economía estadounidense no ha recuperado mucho más del 60 por 100 de su nivel precrisis. A comienzos de septiembre, el desempleo era

---

<sup>18</sup> Nicholas Confessore *et al.*, «How Kushner's Volunteer Force Led a Stumbling Hunt for Medical Supplies», *The New York Times*, 5 de mayo de 2020.

<sup>19</sup> Ross Douthat, «How Many Lives Would a More Normal President Have Saved?», *The New York Times*, 5 de septiembre de 2020.

del 8,4 por 100, cerca del doble que antes de la COVID, y los 600 dólares adicionales para el seguro de desempleo habían expirado. Los ingresos de las pequeñas empresas habían bajado el 19 por 100 y lo habían hecho el 48 por 100 en el sector del ocio y hostelería. Las quiebras de empresas que se acogían al capítulo 11 del Código de Quiebras crecieron el 50 por 100 desde 2019. Una cuarta parte de esa mano de obra sigue trabajando desde su casa debido a la pandemia. Cerca de un tercio de los hogares con niños no tienen garantizada la disposición de suficientes alimentos<sup>20</sup>. Florida, donde el sector del ocio ha quedado diezmado, ha sufrido catorce mil muertes, más de tres mil solo en Miami-Dade. Los casos se están disparando en Wisconsin, creciendo de nuevo en Michigan y estabilizándose en novecientos diarios en Pennsylvania, donde han muerto ocho mil personas. Ohio está registrando mil nuevos casos diarios y el empleo sigue por debajo de los niveles previos a la crisis. Si Trump muriera o quedara incapacitado por culpa del virus, una candidatura de Pence no afectaría a la carrera por la presidencia. La elección es que sea Biden el que pierda.

## 7

¿Podría su victoria «sajar la inflamación» de los estadounidenses descontentos? Los factores que los alimentan se han intensificado con la pandemia. El mayor peaje per cápita del virus ha recaído sobre los hispanos y afroamericanos, todos ellos perceptores de salarios bajos. Los confinamientos y la distancia social han borrado franjas de trabajos mal pagados en el sector servicios y ello ha eliminado la mayor parte de la recuperación del empleo registrada desde 2009. La aprobación de la *Coronavirus Aid, Relief, and Economic Security Act* por el Congreso – billones de dólares destinados al rescate de las empresas, que eclipsaron las ayudas recibidas por los hogares—<sup>21</sup> demostraba el apoyo bipartito al ordenamiento plutocrático estadounidense, siendo Alexandria Ocasio-Cortez, Sanders y Warren las únicas voces disidentes escuchadas entre los Demócratas. En una sociedad muy tensa, la ansiedad adicional creada por la epidemia ha sacado a la luz fortalezas y debilidades: redes de apoyo mutuo y galopante venta de armas, bestial agresión policial a la gente de color y masivas manifestaciones de solidaridad contra ella.

<sup>20</sup> Lauren Bauer, Kristen Broady, Wendy Edelberg y Jimmy O'Donnell, «Ten Facts about COVID-19 and the US Economy», Brookings, Washington DC, septiembre de 2020.

<sup>21</sup> Robert Brenner, «Saqueo pantagruélico», *NLR* 123, julio-agosto de 2020.

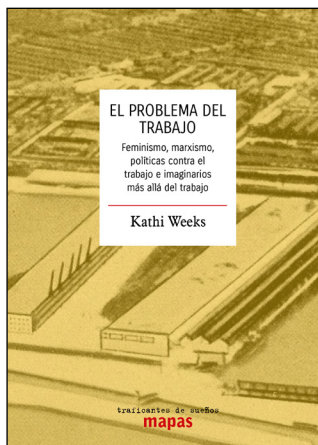
Junto a Francia, Estados Unidos se ha convertido en uno de los países del mundo que registra más tumultos sociales. A principios de marzo se creía de manera generalizada que los confinamientos pondrían punto final a las protestas. En vez de ello, el fermento se ha intensificado. La web obrera *Payday Report* ha registrado cientos de huelgas en los últimos seis meses: en la industria cárnica de Nebraska y Minnesota, en las residencias para la tercera edad de Pennsylvania e Illinois, entre los conductores de autobús de Virginia y los trabajadores de la construcción de Florida, así como entre los empleados de Amazon, los camioneros y los empleados de establecimientos de comida rápida. El 9 de junio, día del funeral de George Floyd, los estibadores y cargadores cerraron los puertos del país en señal de solidaridad con Black Lives Matter. Con el comienzo de las clases en otoño, los estudiantes podrían convertirse en un nuevo frente. Mientras tanto, las caceroladas en Chile y Colombia han llevado pancartas que decían «HAMBRE». Ha habido revueltas por alimentos en Tegucigalpa, Panamá, Oaxaca y Puebla, así como en Bombay y Surat. En Egipto, Líbano e Iraq crece la ira, al igual que en Bielorrusia y Jabárovsk. La cuestión en perspectiva no es tanto la desaparición del populismo, sino en realidad qué nuevas formas políticas pueden tomar estas protestas de masas incipientes durante la década de 2020.



traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



## El problema del trabajo

**Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo**

**Kathi Weeks**

Colección: map 62

PVP: 22 €

La defensa del trabajo no se fundamenta simplemente en la necesidad económica y el deber social; se suele comprender como una práctica moral individual y como una obligación ética colectiva». Weeks bucea en la «ética capitalista del trabajo» para entender por qué hay tan poca controversia en torno al trabajo en sí, más allá de sus condiciones. Es este componente moral lo que normalmente se presenta como principal crítica ante las demandas de renta básica y de reducción de la jornada laboral. Para la autora estas demandas, que analiza con mucho detalle, entroncan con una larga tradición de rechazo del trabajo asociada a las luchas y teóricas feministas de los años setenta y al marxismo autónomo.

Weeks profundiza en las potencias de la renta básica y la reducción de jornada no solo por su contenido —por la forma en la que se enfrentan tanto a la ética capitalista del trabajo como a la ética patriarcal familiarista—, sino también por la capacidad que tienen de cuestionar lo que dábamos por supuesto, convocar a sujetos diversos y, fundamental para ella, luchar por «tiempo para lo que queramos». Este derecho a tener el tiempo necesario implica además la posibilidad de reinventarnos junto a otros. En este sentido, pensar y organizarnos a partir de demandas que pueden parecer utópicas no supone ya un problema, es antes bien un requisito para todas las luchas que quieren ir más allá del trabajo.